

(1) Barcelona, Plaza Janés,
1999.

ISABEL ALLENDE E HIJA DE LA FORTUNA¹. CHILENOS EN LA CALIFORNIA DEL GOLD RUSH.

Judy Berry-Bravo

John Augustus Sutter, suizo nacido en Alemania, cruza el Atlántico en 1834 y tiempo después ancla en California.⁽²⁾ Convince o persuade al gobernador del territorio, trae excelentes recomendaciones, Juan Bautista Alvarado, para que le otorgue unos 50.000 acres de tierra. Para obtenerlos, se hace ciudadano mexicano. Construye un fuerte y él es conocido como el Capitán Sutter por sus trabajadores. Al necesitar un aserradero, en 1847 busca un socio, James Wilson Marshall, de 35 años un mentolatum, Jack-of-all-trades en inglés, que le hace a todo. A cincuenta millas del fuerte Sutter encuentra el lugar adecuado para construirlo. El lunes 24 de enero de 1848, Marshall descubre oro. El resto de la historia se encuentra en la novela de Isabel Allende. En 1849 se produce la fiebre por el dorado metal y los forty niners arriban por mar y tierra en búsqueda del metal que cambiará sus vidas y destinos.

(2) El lugar obtuvo su nombre y fue inventado antes de existir. Garcí Ordóñez de Montalvo un romancero medieval creó una isla mítica con mujeres negras, sin hombres. Sus armas eran de oro y también las caparazones de los animales salvajes que jineteaban después de haberlos domados, porque en la isla no había otro metal. Ordóñez nombró a la reina de las amazonas, Calafia, y a su reino, California. Hernán Cortés en sus cartas al rey utilizó el nombre para referirse a la parte extrema del noroeste del Nuevo Mundo.

En este entorno, Allende nos presenta su relato en tres capítulos, de siete sub-capítulos cada uno: Primera Parte, 1843-1848; Segunda Parte, 1848-1849 y Tercera Parte, 1850-1853. Si consideráramos la simbología del número 21 que comprende los subcapítulos, el 2 correspondería a la reducción de un conflicto, y el 1 a la solución. Insinúa tal remota posibilidad al hecho de que uno de los protagonistas y principios hilvanados en la narración se asientan en la filosofía oriental.

El hilo conductor de la historia es la Hija de la Fortuna, Eliza Sommers, quien según la versión de Mama Fresia, al abrir la puerta de la casa una mañana a finales del verano, encontraron una criatura de sexo femenino desnuda dentro de una caja (...) Agrega la cocinera y confidente, Yo estaba allí y me acuerdo muy bien. Venías tiritando en un chaleco de hombre, ni un pañal te habían puesto, y estabas toda cagada (...) No te hagas ilusiones, no naciste para princesa y si hubieras tenido el pelo tan negro como lo tienes ahora, los patronos habrían tirado la caja en la basura (23). Esta "recogida de la calle" y adoptada por Miss Rose Sommers tiene su hogar en una quinta en el Cerro Alegre, Valparaíso, lugar elegido por la mayoría de la colonia extranjera del

puerto. Completan la familia, Jeremy a cargo de la Compañía Británica de Importación y Exportación y John, capitán de barco, ergo, inveterado viajero. La narración en tercera persona omnisciente, y en ciertos acápites con párrafos de fluir de conciencia nos va describiendo a cada uno de los personajes, lugares y situaciones en un encadenamiento muy sutil que va entregando paso a paso, el puzzle que el lector debe recomponer.

Los personajes principales son los ya mencionados a los que se añaden Chi'en Tao (el Cuarto Hijo) y Jacinto Andieta. Mención aparte merece el que nunca aparece, sólo cabalga a lo largo de las páginas, por ser una leyenda, tan querida de los chilenos y de Pablo Neruda, Joaquín Murieta, aunque los hechos y la historia haya demostrado que era tan mexicano como Moctezuma o Cuauhtémoc.

Isabel Allende trae a la memoria el período histórico del Chile del momento, insinúa actividades políticas, como el ultraliberalismo que desembocaría en la Sociedad de la Igualdad, el *modus vivendi* del período, la llegada a Chile del pintor francés Monvoisin, invitado por el Gobierno para hacer escuela entre los artistas nacionales (40). Con una excelente investigación del Gold Rush o fiebre del oro, proporciona al receptor una lección de historia, desde el humilde caserío que fue San Francisco al de gran ciudad con sus defectos y cualidades y el reconocimiento de una cultura que permitía a la mujer tener un papel diferente al imperante en el Chile de la época.

Uno de los rescates literarios de la novela es el personaje mapuche de Mama Fresia, segmento étnico escaso en la novelística chilena. La niña se crió entre la salita de costura y los patios traseros, hablando inglés en una parte de la casa y una mezcla de español y mapuche – la jerga indígena de su nana – en la otra, vestida y calzada como una duquesa unos días y otros jugando con las gallinas y los perros, descalza y mal cubierta por un delantal de huérfana (19). Allende se ha destacado por los fuertes personajes femeninos en sus novelas, recuérdese Eva Luna, *La Casa de los Espíritus*, sean del origen social o estrato que fueren. Como lo ha manifestado en más de alguna ocasión, He querido contar la tragedia de este torturado continente y la esperanza de los hombres y mujeres que luchan por un mundo mejor. Pienso que nuestra escritora sólo escribe de las cosas que ocurren y nada más, pues como sostiene Eliza, era difícil vivir vestida como hombre, pero también lo era vivir como mujer en aquella tierra extranjera de California. Obsérvese el razonamiento de otro de los personajes, Paulina con un ojo clínico para los negocios, en los cuales su

marido la apoya incondicionalmente, Donde hay mujeres, hay civilización, y apenas ésta empiece en San Francisco, mi vapor estará allí con todo lo necesario(157). La escritora no demerita a un sexo para sobreponerlo al otro. Simplemente los presenta como seres humanos, sujetos a los vaivenes de la existencia. Tal vez por ello, sus obras permanecen como best seller en este mundo nuestro y de otras latitudes.

En la escritura de Isabel Allende resalta el uso de un lenguaje sencillo, sin alardes ni barroquismos empecinados. El amor y todos sus senderos y recovecos los resalta, describe y los hace llegar al lector con una morosidad inquietante. Así se dan los tres fundamentales en la novela, el de Rose –la inglesa-, de Eliza – la chilena- y Tao Chi'en –el oriental. La sensualidad en el fluir de conciencia de Eliza, se transmite al lector como una radiación que emana de las páginas con una fuerza y convicción real y efectiva, sino véanse las páginas 416-18. La utilización de lo que conocemos como realismo mágico o real maravilloso se hace presente cuando la acción lo requiere.

La estructura planeada en cada detalle y capítulo que abre y cierra como las piezas de un reloj, recuerdan las novelas de amor por entregas en que el vendedor era aguardado con impaciencia por las dueñas de casa para saber qué ocurría con la huérfana enamorada del duque o marqués, y que posteriormente se puede reconocer en la literatura de cordel brasileña. La novela podría venderse por entregas en veintiuna semanas, adornada con dibujos y litografías de la época. Su éxito estaría asegurado y se convertiría en una mina de oro sin ir a California.

Mención aparte merece la extraordinaria fotografía de la portada de Marcia Lieberman, de una Eliza Sommers real, viva, de contornos suaves y rostro delicado, con un sí es no de mestiza, dignidad y altivez en la mirada. Es casi imposible para esta reseñadora leer la obra y dejar de lado la figura y la fuerza de la imagen proyectada en la página inicial.

Hija de la Fortuna debe ser leída lentamente, despacito por las piedras, como se dice en Chile. Las cuatrocientas veintiocho páginas no deben amedrentar al lector. El disfrute y riqueza de las historias de amor, pasión, sufrimiento, encuentros y desencuentros, la información prefigurada y soterrada, un tiempo y una época ya desaparecidos, dejarán un sabor a poco que debería sobrepasarse con una buena mistela, ese extraño brebaje de canela, aguardiente y azúcar (35).